

LA INDUSTRIA Y EL ARTE



La fuerza y la belleza son hermanas, pero se han educado separadamente, han vivido bajo distintos techos y cada una de ellas se ha desarrollado sin tener en cuenta la existencia de la otra. La primera se ha transformado en industria; la segunda en arte.

Preocupada la fuerza por el deseo de someter el mundo á su imperio, ha creído que el procedimiento más sencillo consistía en aterrarle con sus potentes y pesadas maquinarias, y las ha forjado amenazadoras y siniestras, como las visiones de una pesadilla febril. Esqueletos gigantescos de hierro, moles imponentes, toscas y sin gracia, de las que brotan raudales de energía; tales son sus creaciones, semejantes á monstruos que solo imponen la admiración del espanto.

El arte se ha inspirado en otro propósito no menos exclusivo; ha limitado sus empresas á la conquista del corazón y para ello ha tratado de halagar la fantasía con ilusiones encantadoras; ha pedido al arco iris sus matices delicados para trazar con esos colores de sueño el cuadro de una existencia refinada é ideal, y de este modo ha conseguido sumergir el espíritu en una embriaguez de incomparable dulzura; pero como despreciaba por inútil todo cuanto significase verdad ó energía, no ha conseguido sino alucinar y engañar el alma con un letargo semejante al que procura el opio.

Sus creaciones han sido vanas apariencias, inconsistentes y vaporosas, y como toda tentativa para traducirlas en hechos iba seguida de un fracaso, el artista ha debido refugiarse en sus doradas quimeras y cerrar los ojos ante la vida real que le parecía grosera, prosáica y deforme.

En la lucha del mundo se han encontrado la industria y el arte, y no se han reconocido; no han llegado á sospechar que la misma

sangre vivificaba sus organismos y que, en el fondo, una misma era su aspiración. La fuerza se ha mofado de la belleza, tildándola de afeminada y soñadora. La belleza ha tachado á la fuerza de seca y brutal.

Este antagonismo se ha ido extremando á medida que ambas hermanas extendían las fronteras de sus respectivos imperios.

Hay pueblos artistas y pueblos industriales, civilizaciones de poetas, pintores, escultores y músicos, y civilizaciones de ingenieros, arquitectos, comerciantes y mecánicos.

Las primeras son bellas; las segundas útiles; aquéllas enriquecen y subliman el alma; éstas fortifican el cuerpo y ensanchan incesantemente el dominio del hombre sobre la naturaleza.

En los pueblos fabriles se tiene hambre y sed de poesía y de ilusión; en los pueblos artistas es frecuente sufrir hambre de pan y sed de bienestar físico. Si persistiera la lucha, en mala hora entablada, el triunfo definitivo sería de la fuerza, que todo lo arrolla y subyuga. Mas, ¿por qué la industria y el arte no han de llegar á un acuerdo? La fuerza ganará en gracia; dejará de ser adusta y terrible, para convertirse en atractiva y risueña; el arte á su vez, dará consistencia á sus delirios, encarnándolos en hechos prodigiosos. ¿Qué no podrán conseguir unidas la industria y la belleza, cuando aquella dispone de los medios de ejecución y ésta de inagotables inspiraciones?

A. A.

